

CLÁSICOS UNIVERSALES

LAS AVENTURAS DE TOM SAWYER

MARK TWAIN
TRADUCCIÓN
DE CELIA FILIPETTO



Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, S.A.

Título original: *The Adventures of Tom Sawyer*

© 2010, de la traducción, Celia Filipetto
© 2010, de las ilustraciones, Fabio Sardo
© 2010, de la ilustración de cubierta, Fernando Vicente
© 2010, Editorial Casals, S.A.
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Coordinación de la colección: Jordi Martín Lloret
Diseño de la colección: Liliana Palau / Enric Jardí
Imágenes del cuaderno documental: © Age Fotostock, © AISA, © Album/akg-images,
© Corbis/Cordon Press, © Getty Images.

Segunda edición: diciembre de 2011
ISBN: 978-84-8343-109-2
Depósito legal: B-35.014-2011
Printed in Spain
Impreso en Índice, S.L.
Fluvià, 81-87. 08019 Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ÍNDICE

Prefacio	5
Las aventuras de Tom Sawyer	7
Cuaderno documental: El mundo del Misisipí	225

PREFACIO

La mayor parte de las aventuras reunidas en este libro ocurrieron de verdad; un par de ellas fueron experiencias mías, y las restantes, de mis compañeros de escuela. Huck Finn está tomado de la vida real; Tom Sawyer también, pero no de una persona concreta, pues en él se combinan las características de tres muchachos que conocí, y por tanto pertenece a eso que en arquitectura llaman orden compuesto.

Las curiosas supersticiones aquí mencionadas eran habituales entre los niños y esclavos del Oeste en la época de esta historia, es decir, hace treinta o cuarenta años.

Aunque mi libro está principalmente destinado al esparcimiento de los jóvenes, espero que ello no sea motivo para que lo rechacen los mayores, pues parte de mi propósito ha sido recordar amablemente a los adultos cómo fueron alguna vez, y qué sintieron, pensaron y dijeron, así como las curiosas empresas en las que participaron.

EL AUTOR
Hartford, 1876

CAPÍTULO I

—¡Tom!

Silencio.

—¡Tom!

Silencio.

—¿Dónde se habrá metido ese muchacho? ¡Tooom!

La anciana se bajó las gafas y miró toda la habitación por encima de ellas; luego se las subió y miró por debajo. Rara vez o nunca miraba a través de ellas para molestarse en buscar algo tan pequeño como un muchacho, porque eran sus gafas de lujo, su mayor orgullo, y las llevaba para presumir y no porque le hicieran falta; para el caso podría haber visto con un par de arandelas de los fogones. Se quedó perpleja un momento y dijo, no con rabia, aunque con voz lo bastante alta para que hasta los muebles la oyeran:

—Como llegue a agarrarte te...

No terminó la frase, se agachó y con la escoba se puso a buscar debajo de la cama, de modo que precisó tomar aliento para asestar cada escobazo. Sólo consiguió hacer salir al gato.

—¡No he visto nada igual a ese muchacho!

Fue hasta la puerta abierta, se detuvo en el umbral y miró entre las tomateras y las matas de trompetillas del huerto. Ni señales de Tom. De modo que proyectó la voz en un ángulo calculado para que llegara lejos y gritó:

—¡Eeeeh, Tooom!

Se oyó un ruidito a sus espaldas y la anciana se volvió justo a tiempo para agarrar a un chico por el dobladillo de la chaqueta e impedir que huyera.

—¡Te he pillado! No se me ocurrió buscar en la alacena. ¿Qué hacías ahí metido?

—Nada.

—¿Cómo que nada? Fíjate qué manos, fíjate qué boca. ¿Qué es esa cochinada?

—No lo sé, tía.

—Pues yo sí. Ya te lo digo yo..., es mermelada. Te he dicho un millón de veces que si no dejabas en paz la mermelada, te despellejaría. Dame esa vara.

La vara se agitó en el aire. El peligro era inminente.

—¡Ay ay ay, tía! ¡Mira ahí detrás!

La anciana se volvió como una exhalación, se recogió las faldas para sustraerlas al peligro, y el muchacho salió corriendo, trepó la alta cerca de madera, saltó al otro lado y desapareció. Su tía Polly tuvo un momento de sorpresa y luego se echó a reír por lo bajo.

—¡Qué diablillo! ¿Será posible que yo no aprenda nunca? ¡Con la de jugadas como esa que me ha hecho debería estar preparada! Está visto que no hay peor tonto que el tonto viejo. Ya lo dice el refrán, a perro viejo no hay tus tus. Pero, válgame el cielo, nunca me hace la misma jugada dos días seguidos, ¿cómo va una a saber lo que le espera? Es como si supiera hasta cuándo atormentarme antes de hacerme perder los estribos y que, si consigue distraerme un momento o hacerme reír, luego se me pasa el enfado y soy incapaz de darle un solo azote. No cumplo con mi deber para con ese muchacho, es la pura verdad, y Dios lo sabe bien. Ya lo dice la Biblia, el que ahorra la vara, malcría al muchacho. Ya estoy yo para cargar con los pecados y sufrimientos de los dos, lo sé. Lleva dentro al mismo demonio..., pero, ¡Dios me ampare!, es el hijo de mi difunta hermana, pobrecito, y no tengo el valor de azotarlo. Cuando lo dejo escapar, me remuerde la conciencia; y cada vez que le pego, se me parte el corazón. Ay, Señor, Señor, ya lo dicen las Escrituras, el hombre nacido de mujer, corto de días y harto de sinsabores, me figuro que es así. Esta tarde hará novillos, y mañana me verá obligada a castigarlo poniéndolo a trabajar. Es harto difícil hacerlo trabajar los sábados, cuando los demás niños tienen fiesta, pero detesta trabajar por encima de cualquier otra cosa, y yo he de cumplir con mi deber para con el muchacho o seré su ruina.

Y efectivamente, Tom hizo novillos y se divirtió mucho. Regresó a casa justo en el momento oportuno para ayudar a Jim, el chico negro, a serrar la leña para el día siguiente y a partir astillas antes de la cena, o al menos llegó a tiempo para contarle sus aventuras mientras Jim hacía las tres cuartas partes del trabajo. Sid, hermano menor de Tom (o

más bien su hermanastro), ya había terminado con su parte de la tarea (recoger astillas), pues era un niño tranquilo, poco dado a aventuras y a hacer diabluras. Mientras Tom cenaba, y robaba azúcar en cuanto veía la ocasión, la tía Polly le hacía preguntas con segundas, cargadas de astucia, muy profundas, pues quería pillarlo en alguna revelación perjudicial. Como les ocurre a tantas almas ingenuas, creerse dotada de gran talento para la diplomacia turbia y misteriosa era su mayor vanidad, y le encantaba considerar sus más transparentes estratagemas como maravillas de artero ingenio.

—Tom, hacía bastante calor en la escuela, ¿no es así?

—Sí, señora.

—Mucho calor, ¿no?

—Sí, señora.

—¿Y no te entraron ganas de ir a nadar?

Tom se estremeció del susto, sintió una especie de incómoda desconfianza. Observó la cara de la tía Polly y como no notó nada raro, dijo:

—Hum..., no, no muchas.

La anciana tendió la mano, palpó la camisa de Tom y dijo:

—Pues ahora no tienes mucho calor.

Se sintió satisfecha al pensar que había descubierto que la camisa estaba seca sin que nadie notara sus intenciones. A pesar de la treta de la tía Polly, Tom sabía por dónde soplabla el viento. De modo que se anticipó a la siguiente maniobra.

—Algunos nos mojamos la cabeza con agua de la bomba..., a mí todavía no se me ha secado. Toca, toca.

A la tía Polly le fastidió comprobar que por haber pasado por alto esa prueba circunstancial, le habían ganado por la mano. Y entonces le vino una nueva inspiración:

—Tom, para echarle agua de la bomba no habrás tenido que des-coser el cuello de la camisa que te cosí, ¿verdad? ¡Desabróchate la chaqueta!

A Tom se le borró la preocupación de la cara. Se desabrochó la chaqueta. El cuello de la camisa seguía firmemente cosido.

—¡Ay, Señor! Anda, vete. Estaba convencida de que habías hecho novillos y te habías ido a nadar. Pero te perdono, Tom. Como dice el

refrán, creo que no es tan malo el diablo como lo pintan, al menos por esta vez.

En parte lamentó que le hubiese fallado la sagacidad, y en parte se alegró de que Tom hubiese sido obediente por una vez.

Pero Sidney dijo:

—Juraría que le habías cosido el cuello con hilo blanco, pero ahora es negro.

—¡Vaya, es verdad, se lo cosí con hilo blanco! ¡Tom!

Tom no se quedó a esperar lo que venía después. Mientras salía por la puerta, dijo:

—Me las vas a pagar, Siddy.

Una vez a salvo, Tom inspeccionó las dos largas agujas que llevaba prendidas a las solapas de su chaqueta: una estaba enhebrada con hilo blanco, la otra, con hilo negro. Y dijo:

—Nunca se habría dado cuenta de no haber sido por Sid. ¡Maldita sea! A veces lo cose con blanco y a veces con negro. No sé por qué no se decide por uno o por otro... es que así no hay quien acierte. Pero juro que Sid se llevará una buena zurra por lo que me ha hecho. Que me caiga redondo aquí mismo si no es así.

Tom no era el niño modelo del pueblo. Pero conocía muy bien al niño modelo y no lo podía ni ver.

Al cabo de dos minutos, o incluso antes, ya se había olvidado de todas sus preocupaciones. No porque sus preocupaciones hubiesen dejado, ni por asomo, de ser menos pesadas y amargas para él que las de un hombre lo eran para ese hombre, sino porque un interés nuevo y poderoso las arrinconó hasta quitárselas, por el momento, de la cabeza, del mismo modo que el entusiasmo por nuevas empresas hace que los hombres olviden sus desgracias. Ese nuevo interés era una forma de silbar, muy apreciada y original, que acababa de aprender de un negro, y que se disponía a practicar sin que lo molestasen. Se trataba de una entonación especial, como el gorjeo límpido de un pájaro, que se conseguía tocando el paladar con la lengua, a intervalos cortos en mitad de la melodía. Tal vez el lector recuerde cómo hacerlo si alguna vez fue niño. A fuerza de diligencia y atención, le encontró el truco, y se fue calle abajo con la boca llena de armonía y el alma llena de gratitud. Se

sentía como se siente el astrónomo que acaba de descubrir un nuevo planeta. Pero, sin duda, en cuanto a placer fuerte, profundo y genuino, el del muchacho superaba el del astrónomo.

Las tardes de verano eran largas. Todavía no había oscurecido. Poco después, Tom dejó de silbar. Se le plantó delante un forastero; un muchacho algo más grande que él. En el pueblecito de Saint Petersburg un recién llegado, fuera cual fuese su edad o su sexo, era una rareza impresionante. Además, este muchacho iba endomingado, endomingado en un día de diario. Era sencillamente increíble. Su gorra era algo primoroso, y su chaqueta de paño azul, abotonada hasta arriba, era nueva, pulcra y elegante, como los pantalones. Llevaba zapatos, y eso que sólo era viernes. Lucía incluso corbata, una cinta de color vivo. Tenía un aire de ciudad que a Tom le reconcomía las entrañas. Cuanto más admiraba Tom aquella espléndida maravilla, más levantaba la nariz ante semejantes galas, y tenía la impresión de que sus ropas se hacían más y más raídas. Ninguno de los dos hablaba. Si uno se movía, el otro también, pero sólo de lado, en círculo, manteniéndose frente a frente, sin quitarse ojo de encima. Finalmente, Tom dijo:

—¡A que te zurro!

—A que no te atreves.

—Puedo, si quiero.

—Ni te atreves ni puedes.

—Sí que puedo.

—No puedes.

—Que sí.

—Que no.

Pausa incómoda. Y Tom dijo:

—¿Cómo te llamas?

—No es asunto tuyo.

—Ya verás cómo sí lo es.

—¿A ver?

—Como digas algo más, lo será.

—¡Algo más, algo más, algo más! Toma.

—Te crees muy listo, ¿eh? Si quiero, soy capaz de zurrarte con una mano atada a la espalda.

—¿Por qué no lo haces? Tanto que dices que puedes.

—Lo haré si te metes conmigo.

—¡Huy! He visto familias enteras en el mismo apuro.

—¡Listillo! Te crees muy importante, ¿eh? ¡Menuda gorra llevas!

—Si no te gusta, te aguantas. A que no te atreves a quitármela. El que se atreva, sabrá lo que es bueno.

—¡Mentiroso!

—¡Y tú más!

—Eres un mentiroso y un pendenciero y te has arrugado.

—¡Bah, vete a paseo!

—Si sigues haciéndote el gallito, cogeré una piedra y te la tiraré a la cabeza.

—¡Huy, fíjate qué miedo me das!

—Que lo hago.

—¿Qué estás esperando? ¿Por qué no dejas de hablar y lo haces? ¿A ver cómo lo haces? Lo que pasa es que tienes miedo.

—¿Miedo yo?

—Sí, tú.

—No tengo miedo.

—Sí que tienes.

Otra pausa, más miradas y vueltas en círculo hasta que quedaron hombro con hombro y Tom dijo:

—¡Vete de aquí!

—¡Vete tú!

—No me voy.

—Yo tampoco.

Así se quedaron, un pie firmemente adelantado, empujándose con todas sus fuerzas, y mirándose con odio. Pero ninguno conseguía sacar ventaja. Después de forcejear hasta quedar colorados y sudorosos, con mucha cautela los dos dejaron de empujar, y Tom dijo:

—Eres un cobarde y un canijo. Le hablaré de ti a mi hermano mayor, que puede zumbarte con el dedo meñique, y le pediré que lo haga, si me da la gana.

—¿A mí qué me importa tu hermano mayor? Tengo un hermano más grande que el tuyo; y además, puede lanzarlo por encima de esa cerca.

Ambos hermanos eran imaginarios.

—Es mentira.

—Que tú lo digas no quiere decir que lo sea.

Tom trazó una raya en el polvo con la punta del pie y dijo:

—Si pasas de aquí, te muelo a palos hasta que no puedas tenerte en pie. El que se atreva, tendrá que ir a robar una oveja.

El niño nuevo no se hizo rogar, pasó al otro lado y dijo:

—Tanto decir que lo harías, a ver si te atreves.

—No te me eches encima, ahora; más te vale ir con cuidado.

—Dijiste que lo harías, ¿por qué no lo haces?

—¡Córcholis! Me das dos centavos y lo hago.

El niño nuevo sacó del bolsillo dos monedas de cobre y se las enseñó con gesto burlón.

Tom las tiró al suelo de un manotazo.

Al instante, los dos muchachos se enzarzaron como gatos y rodaron por el suelo; y durante un minuto se tironearon del pelo y se rasgaron la ropa, se dieron puñetazos y se arañaron las narices, y se cubrieron de polvo y de gloria. La confusión no tardó en tomar forma, y entre la niebla de la batalla surgió Tom, sentado a horcajadas encima del forastero, moliéndolo a puñetazos.

—¡Di me rindo! —gritó.

El niño sólo forcejeaba para soltarse. Estaba llorando, sobre todo de rabia.

Al fin, el forastero soltó un «¡me rindo!» ahogado, y Tom dejó que se levantara y dijo:

—A ver si te sirve de lección. La próxima vez más te vale fijarte con quién te metes.

El niño nuevo se alejó mientras se sacudía el polvo de la ropa, y entre sollozos y resoplidos, de vez en cuando se volvía a mirar atrás, y sacudiendo la cabeza, amenazaba con lo que le haría a Tom la «próxima vez que te encuentre». A lo que Tom respondió con burlas y echó a andar como unas pascuas; en cuanto Tom volvió la espalda, el niño nuevo recogió una piedra, se la lanzó, le dio entre los hombros, se dio media vuelta y echó a correr como un antílope. Tom persiguió al traidor hasta su casa y así se enteró de dónde vivía. Entonces se apostó en la cancela

durante un rato y desafió al enemigo a que saliera; pero el enemigo se limitó a hacerle muecas desde la ventana y se negó a recoger el guante. Al final apareció la madre del enemigo, que llamó a Tom niño malvado, cruel y vulgar, y le ordenó que se marchara. De manera que se fue, pero dijo que a ese «se la tenía jurada».

Aquella noche llegó a casa bastante tarde, y cuando entró sigilosamente por la ventana descubrió una emboscada en la persona de su tía; y cuando ella vio el estado en que traía la ropa, su propósito de hacer que Tom se pasara la fiesta del sábado en cautiverio, sometido a trabajos forzados, adquirió una firmeza inquebrantable.

CAPÍTULO II

Llegó la mañana del sábado, y el mundo estival entero se presentaba luminoso, fresco y rebosante de vida. Había una canción en cada corazón, y si el corazón era joven, la música afloraba a los labios. Había regocijo en cada cara, y un saltito en cada paso. Las acacias blancas estaban en flor y su fragancia perfumaba el aire. Más allá del pueblo y dominándolo, la colina de Cardiff aparecía cubierta de verdor, y se alzaba a suficiente distancia para semejar una Tierra de las Delicias,¹ sumida en sueños, serena y tentadora.

Tom salió a la vereda con un cubo de aguacal y una brocha de mango largo. Contempló la cerca, la alegría lo abandonó y se apoderó de él una profunda melancolía. Treinta yardas² de cerca de madera, de casi nueve pies³ de alto. La vida le pareció hueca, y la existencia nada más que una carga. Con un suspiro mojó la brocha y pintó la tabla más alta; repitió la operación una vez, luego otra más; comparó la insignificante franja encalada y, descorazonado, se sentó en la cerca protectora que rodeaba un arbolito. Jim salió a los saltos por la cancela, llevaba un cubo de zinc y cantaba «Muchachas de Buffalo». Hasta ese momento, acarrear agua desde la bomba del pueblo había sido siempre, a juicio de Tom, una tarea odiosa, pero ahora ya no tenía esa impresión. Recordó que en la bomba

se encontraba compañía. Mientras esperaban su turno, los muchachos blancos, mulatos y negros intercambiaban juguetes, reñían, luchaban, retozaban. Y recordó que, aunque la bomba estaba a sólo ciento cincuenta yardas, Jim siempre tardaba por lo menos una hora en regresar con el cubo lleno, e incluso a veces alguien debía ir a buscarlo.

—Jim —dijo Tom—, ya iré yo por agua si tú encalas un rato.

Jim negó con la cabeza y contestó:

—No puedo, amito Tom. La vieja señora me pidió que busque agua y me dijo que no me puedo entretenerme con nadie y también me dijo que aseguro el amito Tom me iba pedirme si le encalo, así que me dijo que yo vaya a lo mío, y ella vigilaría lo del encalao.

—Bah, no le hagas caso, Jim. Ella siempre está con lo mismo. Dame el cubo, que no tardaré nada de nada. Ella ni se enterará.

—Ay, no, amito Tom. La vieja señora me va arrancar la cabeza. Seguro.

—¿Qué dices? Si ella nunca zurra a nadie, como mucho da algún capirotazo con el dedal, a quién le preocupa eso, me gustaría saber. Eso sí, cuando habla dice cosas terribles, pero las palabras no hacen daño, siempre que no le dé por ponerse a llorar. Jim, te doy una canica. Una lecherita.⁴

Jim empezó a titubear.

—Una lecherita, Jim. Y es un tirito⁵ de primera que gana siempre.

—¡Aah... qué canica más linda! Pero amito Tom, es que la vieja señora me tiene mu asustao...

—Y además, si me dejas que traiga agua, te enseño la llaga que tengo en el dedo del pie.

Jim era un simple mortal y le fue imposible resistirse a aquel espectáculo. Dejó el cubo en el suelo, tomó entre sus manos la lecherita y, completamente fascinado, se inclinó sobre el dedo del pie mientras la venda se iba desenrollando. Y en un abrir y cerrar de ojos, salió disparado calle abajo con el cubo y un cosquilleo en el trasero, Tom se puso a encalar vigorosamente y la tía Polly se retiró del campo de batalla con una zapatilla en la mano y el triunfo reflejado en los ojos.

A Tom no le duró mucho la energía. Se puso a pensar en las diversiones que había planeado para ese día y sus penas se multiplicaron.





Los muchachos libres de castigos no tardarían en aparecer por allí a paso ligero, embarcados en todo tipo de tentadoras expediciones, y se hartarían de mofarse de él por tener que trabajar..., la idea misma lo quemaba como fuego. Sacó sus bienes terrenales y los examinó: restos de juguetes, canicas y trastos, tal vez suficientes para comprar algo de trabajo, pero no tenía para adquirir ni media hora de verdadera libertad. De modo que volvió a guardarse en el bolsillo sus ordenados recursos, y abandonó la idea de tratar de sobornar a los muchachos. Y en ese momento tan negro y desesperado le vino la inspiración. Ni más ni menos que una magnífica y gran inspiración.

Empuñó la brocha y se puso a trabajar tranquilamente. Ben Rogers no tardó en aparecer a lo lejos, justamente el muchacho cuyas befas temía más que las de cualquier otro. Ben se acercaba dando saltos y brincos, prueba patente de que tenía el corazón alegre y cargado de expectativas. Comía una manzana, y a intervalos lanzaba un largo grito melodioso, seguido de un tilín talán, tilín talán profundamente armónico, pues imitaba un barco de vapor. Al acercarse redujo la velocidad, ocupó el centro de la calle, se escoró a estribor y dio la vuelta lentamente con laboriosa pompa y ceremonia, pues estaba imitando al *Big Missouri*,⁶ como si tuviera nueve pies de calado. Era al mismo tiempo el barco, el capitán y las campanas de la sala de máquinas, de modo que tuvo que imaginarse de pie en la cubierta superior dando órdenes y ejecutándolas:

—¡Paradlo! ¡Tilín tilín tilín!

El barco perdió arrancada y Ben se acercó lentamente a la acera.

—¡Dad atrás! ¡Tilín tilín tilín!

Replegó los brazos y los dejó caer a los costados.

—¡Dejad que caiga atrás con la de estribor! ¡Tilín tilín! ¡Chuc chuc chuc! —Entretanto, su mano derecha describía majestuosos círculos, pues representaba una rueda de cuarenta pies.

—¡Dejad que caiga atrás con la de babor! ¡Tilín tilín tilín! ¡Chuc chuc chuc! ¡Chuc! —La mano izquierda comenzó a trazar círculos.

—¡Parad babor! ¡Tilín tilín tilín! ¡Parad estribor! ¡Estribor avante! ¡Paradlo! ¡Dadle atrás despacio con la rueda exterior! ¡Tilín tilín tilín! ¡Choc chocochochoc! ¡Dad el largo de proa! ¡Más brío, más brío! ¡Largad ahora el *spring*! ¡Eh, vosotros! ¿Qué hacéis ahí? ¡Dad el cabo por seno

sobre ese tocón! ¡Aguantad al lado de esa plancha..., ahora..., dejadlo ir!
¡Máquinas paradas, capitán! ¡Tilín tilín tilín! ¡Pssst pssst pssst! —resopló haciendo que comprobaba los grifos del indicador.

Tom siguió encalando, no hizo ni caso del barco de vapor. Ben lo observó un momento y luego dijo:

—¡Vaya! Estás en un brete, ¿eh?

Silencio. Tom contempló el último toque con ojo artístico, luego dio otro brochazo suave y examinó el resultado como antes. Ben se puso a su lado. A Tom se le hizo la boca agua al ver la manzana, pero siguió con su trabajo.

—Hola, chico —saludó Ben—, veo que tienes que trabajar, ¿eh?

Tom se volvió de repente y dijo:

—¡Pero si eres tú, Ben! No me había dado cuenta.

—Oye... que me voy a ir a nadar un rato. ¿No te gustaría poder ir también? Pero claro, tú prefieres trabajar, ¿no? ¡Claro que sí!

Tom contempló al niño un instante y dijo:

—¿A qué llamas tú trabajo?

—¿No es eso que haces trabajo?

Tom siguió encalando y contestó como quien no quiere la cosa:

—Bueno, a lo mejor sí, a lo mejor no. Yo sólo sé que a Tom Sawyer le va bien.

—¡Sí! ¿Y qué más? ¡No irás a decirme ahora que te gusta!

La brocha siguió moviéndose.

—¿Que me gusta? No veo por qué no debería gustarme. No todos los días tiene uno la ocasión de encalar una cerca.

Aquello le daba otra perspectiva a la cosa. Ben dejó de mordisquear la manzana. Tom pasaba la brocha delicadamente una y otra vez, se apartaba para comprobar el efecto, añadía algún toque aquí y allá, volvía a contemplar con ojo crítico el efecto, mientras Ben observaba todos sus movimientos cada vez más interesado, cada vez más absorto. Y enseguida dijo:

—Oye, Tom, déjame que encale yo un poquito.

Tom lo sopesó y estuvo a punto de acceder, pero cambió de idea:

—No, no, no..., que no puede ser de ninguna manera, Ben. Verás, la tía Polly es muy maniática con esta cerca, ya sabes, da a la calle y esas

cosas, porque si fuera la de atrás, a mí no me importaría y a ella, tampoco. Que sí, que sí, es muy maniática con esta cerca. Hay que encalarla con muchísimo cuidado. Yo diría que ni un niño entre mil, ¡qué digo!, ni uno entre dos mil, sería capaz de hacerlo como es debido.

—¡No me digas! Anda..., por favor, déjame probar. Sólo un poquito... Yo te dejaba, si tú serías yo, Tom.

—Me gustaría, Ben, en serio, pero es que la tía Polly... Jim quería encalar, y ella no lo dejó. Sid quería encalar, y ella tampoco dejó a Sid. ¿Te das cuenta qué lío? Si te pusieras manos a la obra con la cerca y pasara algo...

—¡Caray! Que voy a tener cuidado. Déjame probar. Te doy..., te doy el corazón de la manzana.

—Bueno, toma la brocha... No, Ben, no puedo. Tengo miedo...

—¡Te doy la manzana entera!

Tom le entregó la brocha con cara de disgusto y el corazón cargado de entusiasmo. Y mientras el que había sido el vapor *Big Missouri* trabajaba y sudaba al sol, el artista retirado descansaba cerca de allí a la sombra, sentado encima de un tonel mientras balanceaba las piernas, masticaba la manzana y planificaba la matanza de otros inocentes. Material no le faltaba, por ahí pasaban muchachos a cada rato; llegaban para mofarse, pero se quedaban a encalar. Cuando Ben quedó rendido, Tom ya le había cedido el turno a Billy Fisher a cambio de una cometa en buen estado; y cuando éste se cansó, Johnny Miller ocupó su puesto a cambio de una rata muerta y un pedazo de bramante para llevarla colgada..., y así sucesivamente, hora tras hora. Mediada la tarde, Tom, que esa mañana era un pobre muchacho hundido en la miseria, había pasado a nadar literalmente en riquezas. Además de las cosas ya mencionadas tenía doce canicas, parte de un birimbao, un trozo de botella de vidrio azul para ver a través de él, un cañón hecho con un carrete y una goma, una llave que no abría nada, un pedazo de tiza, el tapón de cristal de una licorera, un soldadito de plomo, un par de renacuajos, seis petardos, un gatito tuerto, el pomo de bronce de una puerta, un collar de perro, pero sin el perro, el mango de un cuchillo, cuatro trozos de cáscara de naranja y el marco desvencijado de un ventanuco.

Además, había pasado todo el rato holgazaneando, disfrutando de mucha compañía, y encima a la cerca le habían dado ya tres manos

de cal! De no haberse quedado sin aguacal, habría llevado a la bancarrota a todos los muchachos del pueblo.

Tom se dijo que, después de todo, el mundo no era un lugar tan inútil. Sin proponérselo, había descubierto una ley fundamental del comportamiento humano, a saber, que para lograr que un hombre o un muchacho codicien una cosa, no hay más que hacer que resulte difícil de conseguir. Si Tom hubiese sido un filósofo sabio e importante, como el autor de este libro, ahora habría comprendido que el Trabajo consiste en lo que uno está obligado a hacer, y el Juego, en todo aquello que uno no está obligado a hacer. Y esto lo ayudaría a entender por qué elaborar flores artificiales o darle vueltas a una noria es trabajo, mientras que derribar unos bolos o escalar el Mont Blanc es sólo diversión. En Inglaterra hay caballeros acaudalados que en verano conducen diligencias tiradas por cuatro caballos y cubren trayectos diarios de veinte o treinta millas,⁷ porque el privilegio les cuesta una considerable suma de dinero; pero, si les ofrecieran un salario por prestar el servicio, eso lo convertiría en trabajo y entonces los caballeros presentarían su dimisión.

El muchacho reflexionó un rato sobre el importante cambio experimentado por sus bienes materiales, y después se encaminó al cuartel general a presentarse a la superioridad.

CAPÍTULO III

Tom se presentó ante la tía Polly, que estaba sentada junto a una ventana abierta en una estancia agradable de la parte de atrás de la casa, y que servía de dormitorio, saloncito de desayuno, comedor y biblioteca a la vez. El aire estival, templado y agradable, la apacible calma, el olor de las flores y el letárgico zumbido de las abejas habían hecho efecto, y la anciana cabeceaba sobre la labor de punto, pues no tenía más compañía que el gato dormido en su regazo. Llevaba las gafas colocadas en la cabeza canosa para no perderlas. Había dado por supuesto que Tom habría abandonado el trabajo hacía rato, y se extrañó al ver que volvía a ponerse bajo su poder de aquella forma tan intrépida.